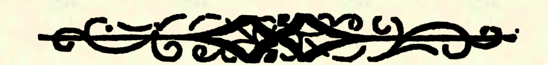
CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.



SEGUNDA.



PANAMÁ, ABRIL 5 DE 1880:
IMPRENTA DE "LA ESTRELLA DE PANAMÁ,"
JAMES BOYD, PROPIETARIO.

1880

SEGUNDA.

Tanto monta.
Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.

UNA tiranía fundada con engaño, sostenida por el crímen, yacente en una insondable profundidad de vicios y tinieblas, podrá prevalecer por algunos años sobre la fuerza de los pueblos. Las más de las veces, la culpa se la tienen ellos mismos: como todas las cosas, la tiranía principia, madura y perece; y como todas las enfermedades y los males, al principio opone escasa resistencia, por cuanto áun no se ha dado el vuelo con que romperá despues por leyes y costumbres. La tiranía es como el amor, comienza burla burlando, toma cuerpo si hay quien la sufra, y habremos de echar mano á las armas para contrarestar al fin sus infernales exigencias. A la primera de las suyas, alce la frente el pueblo, hiera el suelo con el pié, échele un grito, y de seguro se ahorra azás de tribulaciones y desgracias. Avino que un hombre de fuerte voluntad mandase azotar un anciano condecorado con el título de prócer de la independencia: hízole azotar, y voló á esconderse, miéntras veia como la tomaban grandes y pequeños. Un clérigo andaba por esas calles gritando: pueblo vil, no lapi-

das á ese monstruo ? Un coronel se fué para el escondite, y le dijo á el azotador : salga vuexcelencia ; el pueblo aguanta todo. Su excelencia salió, y fué García Moreno. Ignacio Veintemilla ha salido tambien : si los ecuatorianos le dejan seguir adelante, serán el pueblo de Capadocia, ese pueblo infame que no aceptó la libertad cuando se la ofrecieron.

Principio quieren las cosas, dice Juan de Mallara. Comer y rascar, todo es principiar, responde el Comendador Griego. Los refranes son advertencias preñadas en sabiduría : el vulgo es el príncipe de los filósofos, que arropado con su manto de mil colores, está pasando y repasando en vaiven perpétuo del Pórtico al Liceo, del Liceo á la Academia. Súfranle los primeros desmanes á ese candidato del patíbulo, y por entre los cascos echará uñas el animalito de Dios. Le sufrieron, las echó, y tan largas, que es prodigio : el molino está picado : ahora ha de comer, se ha de rascar hasta que le rasquen á él con el machete. La maldad de un gobernante puede consistir en su propia naturaleza ; del ejercicio de ella, los que padecen en silencio son culpables. Ignacio Veintemilla (¡ Oh triste fuerza de la necesidad ! proferir este nombre es humillacion impuesta por los deberes á la patria ; es vergüenza que deja ardiendo el alma : ¿ qué es, quién es este desconocido que se llama Ignacio Veintemilla ?) Ignacio Veintemilla principió engañando, hizo luégo algunos ensayos groseros de despotismo : le salieron bien, pasó adelante. La codicia es en él ímpetu irracional, los bienes ajenos carne, y los devora como tigre. A boca llena y de mil amores llamaba yo tirano á García Moreno : hay en este adjetivo uno como título : la grandeza de la especie humana, en sombra vaga, comparece entre las maldades y los crímenes del hombre fuerte y desgraciado á quien el mundo da esa denominacion. Julio César fué tirano, en cuanto se alzó con la libertad de Roma ; pero qué hombre ? inteligencia, sabiduría, valor, todas las prendas y virtudes que endiosan al varon excelso. En Sila habia de zorro y de leon, de cómico y de rey, de persona mortal y de dios. Napoleon fué tambien tirano, y en su vasta capacidad intelectual giraba el universo, rendidas las naciones al poder de su brazo. Tirano sin prendas morales, sin virtudes ni

prestigio de ningun género, no se compadece con la opinion que el filósofo suele tener de esos hombres raros que se vuelven temibles por la fuerza, y llenan los ámbitos del mundo con el trueno de su nombre. El individuo vulgar á quien saca de la nada la fortuna, y le pone sobre el trono ó bajo el solio, por más que derrame sangre, si la derrama con bajeza y cobardía, no será tirano; será malhechor, simple y llanamente.

Hablando de nosotros, achicándonos, descendiendo á la órbita como un arito donde giran nuestros hombres y nuestras cosas, podemos decir que don Gabriel García Moreno fué tirano: inteligencia, audacia, ímpetu: sus acciones atroces fueron siempre consumadas con admirable franqueza: adoraba al verdugo, pero aborrecia al asesino: su altar era el cadalso, y rendia culto público á sus dioses, que estaban allí danzando, para embeleso de su alto sacerdote. Ambicioso, muy ambicioso, de mando, poder, predominio; inverecundo salteador de las rentas públicas, codicioso ruin que se apodera de todo sin mirar en nada, no. Si García Moreno robó, lo que se llama robar, mia fé, señor fiscal, ó vos, Justicia Mayor de la República, que lo fizo con habilidad é manera. Un periódico notable de los conservadores lo acusó de tener en un banco de Inglaterra un millon y medio de pesos. * El tiempo, testigo fidedigno, áun no depone contra ese terrible difunto: allá veremos si sus malas mañas fueron á tanto: en todo caso, su consumada prudencia para sinrazones y desaguisados al al Erario, queda en limpio.

Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamas tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él à un bruto. Su corazon no bate; se revuelca en un monton de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida, é impulsada por el demonio. El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gu-

* "La América," de Bogotá.

la, el sexto envidia, el sétimo pereza; ésta es la caparazon de esa carne que se llama Ignacio Veintemilla.

Soberbio. Si un animal pudiera rebelarse contra el Altísimo, él se rebelara, y fuera á servir de rufian á Lucifer. "Yo y Pio IX," "yo y Napoleon," éste es su modo de hablar. Entre los volátiles el guacamayo, el loro se acomodan á la pronunciacion humana: si hubiera cuadrúpedos que gozasen del mismo privilegio, los ecuatorianos vivirian persuadidos de que su dueño le crió á ése enseñándole á decir: "Yo y Pio nono," "yo y Napoleon." Un célebre bailarin del siglo pasado solia decir de buena fé: No hay sino tres grandes hombres en Europa; yo, el rey de Prusia y Voltaire. Pero ese farsante sabia siquiera bailar, tenia su oficio, y en él era perfecto: el rey de las ranas, la viga con estómago y banda presidencial que se llama Ignacio Veintemilla, sabe bailar? Zapatetas en el aire, de medio arriba vestido, y de medio abajo desnudo, puede ser que las haga, cuando amores de la República le escamonden quitándole su vestimento para pedirle cuenta y razon de traiciones y fechorías. Entre tanto puede seguir diciendo "yo y el presidente de los Estados Unidos."

El segundo avaricia. Dicen que esta es pasion de los viejos, pasion ciega, arrugada, achacosa: excrecencia de la edad, sedimento de la vida, sarro ignoble que cria en las paredes de esa vasija rota y sucia que se llama vejez. Y este sarro pasa á el alma, se aferra sobre ella y le sirve de lepra. Ignacio Veintemilla no es viejo todavía; pero ni amor ni ambicion en sus cincuenta y siete años de cochino: todo en él es codicia; codicia tan propasada, tan madura, que es avaricia, y él, su augusta persona, el vaso cubierto por el sarro de las almas puercas. Amor.... nadie le conoce un amor; no es para abrigarlo en su pecho, ni para infundirlo en suaves corazones. Orlando por Angélica, Don Quijote por Dulcinea pierden el juicio: y Don Gaiferos por Melisendra

Tres años anduvo triste
Por los montes y los valles,
Trayendo los piés descalzos,
Las uñas chorreando sangre.

Qué juicios ha perdido Ignacio *de* Veintemilla? qué calabazadas se ha dado contra agudas peñas? qué árboles ha arrancado de cuajo? qué rios ha desportillado? qué piés ha traido descalzos, ni qué uñas le han chorreado sangre, para ser digno émulo de esos famosos enamorados? La parte invisible del amor, la parte espiritual, no es suya; él se queda á los tres enemigos del alma, mundo, demonio y carne, y busca su ralea en las casas de prostitucion. El amor purifica, el amor santifica: amor encendido, amor fulgurante; amor profundo, alto; amor que abraza el universo, abrasando lo que toca; éste amor hace Abelardos, Leandros y Macías, esto es filósofos, héroes y mártires, y de él no son capaces esos hombres rudos que no están en los secretos divinos de la naturaleza. Cuanto á la ambicion, pesia mí si la ha de experimentar ánimo tan bajo y corazon tan plebeyo como los de ese hijo de la codicia. Ambicion es afecto de los más elevados, vicio sublime de hombres raros, que no puede concurrir sino en compañía de virtudes grandes. La pasion, la noble pasion de guerreros y conquistadores; pasion de Alejandro Magno, pasion de Pirro, de Julio César y Napoleon, ¿puede caber en pecho sin luz, pecho de vulgo, donde se apagaria al punto que allí tocase la chispa de locura y furor santo que está inflamando de continuo á los varones eminentes? Sed de sangre y de dinero, vanidad insensata, estos son los móviles con que muchas veces la fortuna saca de la nada á los más ruines, y los dispara hácia la cumbre de la asociacion civil, como quien hace fisga de los hombres de mérito.

El tercero lujuria. Este vicio nos tiene clavados á la tierra; á causa de él no son ángeles los individuos agraciados por el Criador con la inteligencia soberana que los eleva al cielo en esos ímpetus de pensamiento con los cuales rompen la oscuridad y ven allá el reflejo de la luz infinita. Alejandro decia que en dos co-

sas conocia no ser dios, en el sueño y en los empujes de los sentidos. Ignacio Veintemilla conoce que es sér humano en esas mismas cosas. Sér humano digo, por decoro de lenguaje; esas dos cosas suben de punto en este Alejandro de escoria, que le sacan de los términos comunes, y dan con él en la jurisdiccion de la irracionalidad. El sueño, suyo es; no hay sol ni luz para ese desdichado: aurora, mañana, medio dia, todo se lo duerme. Si se despierta y levanta á las dos de la tarde, es para dar riendo floja á los otros abusos de la vida, para lo único que necesita claridad, pues su timbre es ofender con ellos á los que le rodean. Da bailes con mujeres públicas, y se le ha visto al infame introducir rameras á su alcova, rompiendo por la concurrencia de la sala. Pudor, santo pudor, divinidad tímida y vergonzosa, tú no te asomas por los umbrales de esas casas desnudas de virtudes, por que recibirias mil heridas por los oidos, por los ojos. El valiente, el héroe tienen pudor: esta afeccion amable no está reñida con los ímpetus del valor, ni es atropellada por esas grandes obras que se llaman proezas. Soldados hay capaces de dejarse morir, por no exponer el cuerpo herido á las miradas de las hermanas de la caridad, con ser que estas mujeres, cuando siguen los ejércitos al campo de batalla, lo van dejando todo en el templo de la misericordia, juventud, hermosura, atractivos, malicia, todo. Pudor, santo pudor, tú nos libras del fuego de Sodoma, sirviéndonos de escudo contra las iras de cielo. Huye, huye de la casa del malvado, pero no salgas ni un instante de la del hombre de bien. Tras el hombre de bien está casi siempre la mujer honesta; y el hombre de bien y la mujer honesta son los fiadores que responden de la salvacion del género humano.

El cuarto ira. La serpiente no se hincha y enciende como ese vacilisco. Un dia un oficial se habia tardado cinco minutos más de lo que debiera: presentóse el jóven, ceñida la espada, á darle cuenta de su comision: verle, saltar sobre él, hartarle de bofetones, fué todo uno. La ira, en forma de llama infernal, volaba de sus ojos; en forma de veneno fluia de sus labios. Y se titulaba Jefe Supremo el miserable: Jefe Supremo que se va á las

manos, y da de coces á un subalterno que no puede defenderse! Viéndole están allí, en Quito: eso no es gente; es arsénico amasado por las furias á imágen de Calígula. Hay ponzoña en ese corazon para dar torrentes á esa boca: agravios, denuestos, calumnias feroces, amenazas crueles, todo sale empapado en un mar de cólera sanguinaria. ¡Qué natural tan enrevesado y perverso! Me llama ladron, asesino, delincuente en mil maneras, por que, bajo el ala de la Providencia, he podido escapar del calabazo, los grillos, el hambre, la muerte en el aspecto que aterra al más impávido. Siguiéndome está con el puñal; pero yo estoy vestido de un vapor impenetrable, vapor divino, que se llama ángel de la guarda. A un tirano antiguo *se le habia escapado* una víctima, con haberse dado muerte por su propia mano: yo, huyendo al destierro, *me he escapado* tambien; y el destierro es el más triste de las penas. Luego su ánimo era quitarme la vida en el martirio? Nadie lo duda. Dios me salvó sacándome de la mano á medio dia por entre sus enemigos y los mios. Su fin tendrá. ¡Y qué arrebatos los de ese dragon plebeyo! Con que yo no tengo el derecho de la defensa personal? no me competia el salvar la vida propia? Cólera no es muchas veces sino tontera carbonizada al fuego del infierno: pasion injusta, ciega. Los hombres de corazon mal formado nunca experimentan esos empujes de santa ira que los dispara contra las iniquidades del mundo: ellos no sienten sino la fuerza de Satanás qne se desenvuelve en su pecho y engendra allí esos monstruos que salen afuera con nombre de asesinatos, envenenamientos, proscripciones: ántes de nacer á la luz se llamaban odios, celos, venganzas: sentimientos del ánimo convertidos en hechos; coronacion del mal, gloria del crímen.

El quinto gula. Las atletas ó gladiadores comian cada uno como diez personas de las comunes: la carne mataba en ellos el espíritu, y así eran unos como irracionales que tenian adentro muerta el alma. La materia no medra sino á costa de la parte invisible del hombre, esa chispa celestial que ilumina el cuerpo humano, cuando éste sabe respetar sus propios fueros. Sabiduría virtud son abstinentes: los gimnosofistas, esos filósofos indios cuya vida en el mundo partia términos con la inmortalidad, se

mantenian de puros vegetales, y algunas gotas de miel, tenue como el rocío. La inteligencia come poco; la virtud, ménos: los solitarios de la Tebaida estaban esperanzados en los socorros de los espíritus celestiales. Epicuro fué el corruptor de la antigüedad, y Sardanapalo está allí como el patron eterno de los infames para quienes no hay sino comer, beber y estarse hasta el cuello en la concupiscencia. Yo conozco á Sardanapalo: su pescuezo es cerviguillo de toro padre: sus ojos sanguíneos miran como los del verraco: su vientre enorme está acreditando allí un remolino perpétuo de viandas y licores incendiarios. Su comida dura cuatro horas: aborrece lo blando, lo suave: carne, y mucha; carne de buey, carne de borrego, carne de puerco. Mezclad prudentemente, dice un autor, las viandas con los vegetales. Sardanapalo detesta los vegetales: si supiera qué y quién es Pitágoras, mandara darle garrote en efigie. Las sopas son de cobardes, las frutas de poetas, los dulces de mujeres: hombres comen carne; carne valientes, carne varones de pro y fama. Es perro, es tigre? Oh Dios, y cómo engulle, y cómo devora piezas grandes el gladiador! Ignacio Veintemilla da soga al que paladea un bocadito delicado, tiene por flojos á los que gustan de la leche, se rie su risa de caballo cuando ve á uno saborear un albérchigo de entrañas encendidas: carne el primer plato, carne el segundo, carne el tercero; diez, veinte, treinta carnes. Se llenó? se hartó? Vomita en el puesto, desocupa la andarga, y sigue comiendo para beber, y sigue bebiendo para comer. Morgante Maggiore se comia de una sentada un elefante, sin sobrar sino las patas; Ignacio Veintemilla se lo come con patas y todo. "Vamos á *la muquicion*," dice; y verle *muquir*, es admirarle sin envidia, es perder el apetito.*

En casa del fondista Bonnefoi, en Paris, pedí una vez albaricoques: las frutas, y principalmente las redondas, esos pomitos de color de oro, que parecen del jardin de las Hespérides, me deleitan. Como áun no habia plenitud de frutas, cada pieza importaba dos francos, ó cuatro reales.

* *Muquicion*, *muquir*, germania: comida, comer. Términos de la cofradía de Monipodio.

Oh dicha, tomar esa pella suavísima en los tres dedos de cada mano, y abrir por la comisura esa esfera rubicunda, en cuyas entrañas están cuajados los delirios y las concupiscencias del dios de los placeres inocentes! Ignacio Veintemilla me estaba tratando de bruto con los ojos. Hombre, dijo al cabo de su admiracion, usted nunca ha de ser nada; y pidió estofado de liebre por postres. Habia comido res, carnero, gallina, pato, pavo, conejo; raya, salmon, corbina; hostiones, ostras, cangrejo, y de postres pide liebre; hay animal estrafalario? Desde el tiempo de Horacio los ajos han sido comida del verdugo: cuando este santo varon no ayuna ni está de vijilia, come liebre. Esa carne gruesa, negra, pesada, me parece que no sufre digestion sino en el estómago de ese que vive de carne humana. Los españoles, y principalmente las españolas, saben lo que son postres: sorbetes para Musas; suspiros leves, que saborean ninfas impalpables; suplicaciones doradas, regalo de almas que se salvan. Los franceses no gustan de los dulces, pero tienen postres con que quebrantaran peñas en el Olimpo, si las diosas adolecieran de hambre ni golosina. El dulce de ellos es el queso, ó mas bien los quesos de mil linajes con que sus manteles prevalecen sobre todos los del mundo. Un *brie* delicado *le hace honor*, como suele decir la galicana, al paladar de una hermosa de quince abriles; un *chantilly* aristocrático inebria á un emperador; un *rochefort* violento hace voluptuosos estragos en el gaznate de los hombres de fierro que se agradan de esa pólvora comestible. Lord Byron, á fuero de inglés de casta pura, *pur sang*, como dicen sus vecinos, comia por postres un tallo de cebolla fuerte, mal que les pese á las lindas hispano-americanas, para quienes los panales del Hibla no son harto suaves y aromáticos. Cogerian, morderian, mascarian ellas un tronco de cebolla cruda en vez de sus azucarados *chamburitos?* Lord Byron, con ser como era, sueño de las bellas, por ese su talento, su varonil gentileza y las poéticas extravagancias de su vida, hubiera estado en un tris de no hallar quien le quisiera en Lima, Quito ó Bogotá. No de otro modo á una jóven poetisa admiradora apasionada de Lamartine se le subió el santo al cielo, y ella cayó en un abismo de desengaño y desamor, cuando le vió á mi don Alfonso el dia que fué á conocer-

le, sacar del bolsillo un pañuelo colorado de cuadros azules, bueno por la extension para colcha de novios de aldea. Gran Dios! exclamó la poetisa, en tanto que el poeta, viejo ya, eso sí, sonaba armoniosamente; gran Dios! con que este habia sido Lamartine? Desde que tuve noticia del acaecido, mis pañuelos son el campo de la nieve, y no mayores que un lababo: por esta parte seguro está que me vaya mal con las dulces nuestras enemigas. Otrosí, no como cebolla, ni en presencia de ellas ni á mis solas. Ignacio Veintemilla pide liebre cuando ha de pedir gragea: si le fuera posible, tomara café de carne de puerco, y se echara á los dientes una cuarta de morcilla negra á modo de puro habano. Los ajos, por no desmentirle á Horacio, siempre han sido de su gusto.

El sexto envidia. Nelson no tenia idea del miedo: cuando en su presencia nombraban este ruin afecto, no le era dable saber cuál fuese su naturaleza. Hay asimismo séres agraciados por Dios con una mirada especial, que no tienen nociones de la envidia; saben que es, pero no la experimentan por su parte, con ser como es achaque de que adolecen, cual mas cual ménos, todos los mortales. La envidia es una blasfemia: envidia es cólera muda, venganza de dos lenguas que muerde al objeto de ella y al Hacedor, dueño en verdad de los favores que irritan á los perversos. Dones de la naturaleza, virtudes eminentes, méritos coronados, son puñal que bebe sangre en el corazon del envidioso. Inteligencia descollante es injuria para él; consideracion del mundo, injusticia que no puede sufrir. Virtudes ajenas son vicios á su fosca vista; verdad es hipocresía, austeridad soberbia, valor avilantez: desdichado el hombre de altas prendas entre la canalla del género humano que ni ve con luz del cielo, ni juzga á juicio de buen varon, ni funda sus fallos en el convencimiento y la conciencia. Envidia es serpiente que está de dia y de noche tentando á los hombres con la fruta de perdicion: Cómela! cómela! La come un desdichado, y mata á su semejante. Envidia, Cain armado de un hueso, tú no mueres jamas.

Por una correlacion que se pierde en las tinieblas del pecado,

las pasiones criminales y soeces cultivan estrecho maridaje: podemos afirmar de primera entrada que donde se halla una de estas culebras, allí esta el nido. Soberbia é ira comen en un mismo plato, lascivia y gula duermen en una misma cama. El soberbio, avaro, libidinoso, caja de ira, gloton, será extraño á la hermana de esas Estinfálidas, la peor de todas, la envidia? Aun los hombres superiores suelen estar sujetos á ese mortal gravámen de la naturaleza humana. Luis XIV, rey poderoso, adornado con mil prendas, experimentaba profundas corazonadas de envidia. Alarga la mano á todos, como todos confiesen su inferioridad: guerreros, hombres de Estado, poetas, escritores, artistas, todos son sus protegidos, puesto que ninguno blasone de echarle el pié adelante, ni en su profesion respectiva. Y con todo, cuando pone en olvido la soberbia, da muestras de humildad que le vuelven más y más grande. Señor Boileau, le dijo un dia á este famoso crítico, cuál es el primer escritor de nuestra época? Molière, señor, contestó el maestro. No lo pensaba yo así; pero vos sois el juez, y de hoy para adelante abrazo vuestra opinion.

Ignacio Ventemilla, más rey y más inteligente que ese monarca, no la abraza. Censura á Bolívar, moteja á Rocafuerte, le da una cantaleta á Olmedo. La ignorancia, la ignorancia suprema, es bestia apocalíptica: el safio estampa su nombre, sin tener conocimiento ni de los caractéres; no sabe más, y hace sanquintines en los hombres de entender y de saber. Que se haya burlado de mí, cogiéndome puntos en "El Regenerador," riéndose de *mis disparates*, estaria hasta puesto en razon; pero afirma que si él hubiera estado en Junin *la cosa hubiera sido de otro modo;* que Sucre triunfó en Ayacucho por casualidad, no porque hubiese dado la batalla conforme á las reglas del arte; que Napoleon I perdió la corona por falta de diplomacia, y otras de éstas.

Un testigo presencial me ha contado que en Madrid, en una mesa redonda, se puso á departir con suma delicadeza en esto que llamamos buenas letras. Habló, y así engullia tasajos de más de libra, como echaba por la boca lechigadas de sabandijas. No sé por donde, fué á dar con el poeta Zorrilla, á quien no ha leido,

puesto que no sabe ni deletrear. Las torpezas que dijo, sólo las pueden creer los que le oyeron. Un cuasi anciano que se hallaba á la mesa estaba oyendo á su vez en curioso silencio y viéndole la cara al razonador. El buen viejo se levanta, se va, sin decir palabra. Uno de los concurrentes le sigue, le alcanza, y, con el sombrero en la mano : Señor Zorrilla, no haga usted caso de las necedades de ese hombre, ni juzgue por él de todos los americanos. Es loco? pregunta el viejo. No; no es sino tonto. Pero de capirote, agrega el aficionado á las Musas, y se va con ánimo secreto de ponerle en un entremes al *señor Mariscal de Veintemilla*, como andaba titulándose el conde de Gallaruza. Desde entónces su alátere ó compañero de viajes no era dueño de sentarse á la mesa sin esta imprecacion, poniéndole las manos : Ignacio, *pas de bêtises !*

El séptimo pereza.

Ni Dios ama el reposo; de improviso
Sobre las alas de los vientos vuela,
O de las tempestades en el carro
Atronando los cielos se pasea.

El movimiento es propiedad del espíritu : la inteligencia vive en agitacion perpétua. Tierra, luna, cuerpos sin vida, giran sobre sí mismos raudamente y se beben los espacios, volando por sus órbitas en locura sublime. Los rios corren, lentos unos, contoneándose por medio de sus selvas ; furibundos otros y veloces entre las rocas que los echan al abismo quebrantados en ruidosas olas. Los vientos silvan y pasan por sobre nuestras cabezas ; los bosques mugen en sus profundidades ; y las nubes, holgazanas que parecen estar disfrutando de la blanda pereza á medio dia, se mueven, hélas allí, se encrespan, se hinchan, y enlobreguecidas con la cólera, se dan batalla unas á otras, salta el rayo, y el trueno, en invasion aterrante, llena la vóbeda celeste.

Ahora el hombre? el hombre todo es actividad, todo movi-

miento: su corazon palpita: la sístole y la diástole, este vaiven armonioso, aunque precipitado, es fundamento de la vida: la sangre corre por las venas; los humores permanecen frescos, á causa de su circulacion perpétua: todo es movimiento en nuestra parte física. La moral, oh, la moral es la más vertible, más inquieta del género humano: inteligencia que no se mueve, se seca, se pierde, como yerba sin lluvias: corazon que no se agita se corrompe. Sabiduría, cosa que tan reposada parece, es efecto de los torbellinos del pensamiento, pues las ideas van brotando del choque de la duda con la verdad, dura labor que fortifica á los que se andan á buscarla por los abismos de lo desconocido, y regalan al mundo con los conocimientos humanos.

Pereza es negacion de las facultades del hombre: el perezoso es nefando delincuente; mata en sí mismo las de su alma, y, deicida sin remordimientos, se deja estar dormido á las obras que nos recomiendan á nuestro Criador. No moverse, no trabajar, no cumplir con nuestros deberes ni con una santa ley de la naturaleza; comer, beber, dormir sin término, esto es ser perezoso: no despertar ni erguirse sino para el pecado, esto es ser perverto. Ignacio Veintemilla cultiva la pereza con actividad y sabiduría; es jardinero que cosecha las manzanas de ceniza de las riberas del Asfaltino. Ese hombre imperfecto, ese monte de carne echado en la cama, derramándosele el cogote á uno y otro lado por fuera del colchon, es el Mar Muerto que parece estar durmiendo eternamente, sin advertencia á la maldicion del Señor que pesa sobre él. Su sangre medio cuajada, negrusca, lenta, es el betun cuyos vapores quitan la vida á las aves que pasan sobre el lago del Desierto. Los ojos chiquitos, los carrillos enormes, la boca siempre húmeda con esa baba que le está corriendo por las esquinas: respiracion fortísima, anhélito que semeja el resuello de un animal montés; piernas grüesas, canillas lanudas, adornadas de trecho en trecho con lacras ó costurones inmundos; barriga descomunal, que se levanta en curva delincuente, á modo de preñez adúltera; manazas de gañan, cerradas áun en sueños, como quienes estuvieran apretando el hurto consumado con amor y felicidad; la uña, cuadrada

en su base, ancha como la de Monipodio, pero crecida en punta simbólica, á modo de empresa sobre la cual pudiera campear este mote sublime: *Rompe y rasga, coge y guarda.* Este es Ignacio Veintemilla, padre é hijo de la pereza, por obra de un misterio cuya esclarecimiento quedará hecho cuando la ecuacion entre los siete pecados capitales y las siete virtudes que los contrarian quede resuelta.

Oh flaqueza del hombre! este mar muerto de estampa semi-humana presume de garzon florido, las da de majo, y se anda por ahí á conquista de corazones y caza de supremos placeres. Para hacer ver que *desprecia* cargos y donaires de la imprenta, hace leer las obras de esta sábia encantadora, rodeándole sus Entropios: callando estuvo una ocasion miéntras oia una verrina de las mejores: cuando el lector hubo llegado á un pasaje donde se le llamaba "cara de caballo," saltó y dijo: Eso no! seré ladron, gloton, traidor, ignorante, asesino, todo; pero figura sí tengo. Figura de caballo, dijo una dama, soltando la carcajada, cuando oyó referir esta graciosa anécdota, ó *anidiucta*, como le he oido decir á él doscientas veces.

Dije que Ignacio Veintemilla no era ni seria jamas tirano; tiranía es ciencia sujeta á principios difíciles, y tiene modos que requieren hábil tanteo. Dar el propio nombre á varones eminentes, como Julio César en lo antiguo, Bonaparte en lo moderno; como Gabriel García Moreno, Tomás Cipriano de Mosquera entre nosotros; dar el propio nombre que á un pobre esguízaro á quien entroniza la fortuna, por hacer befa de un pueblo sin méritos, no seria justicia mera mista. Monteverde, Antoñanzas, Veintemilla no son tiranos; son malhechores, ni más ni ménos que Rochaguinarda, que se están ahí en su encrucijada, hasta cuando la santa Hermandad les echa mano. Roque Guinart es presidente, rey del Ampurdan y Sierramorena: da leyes, que se aplican; decretos, que se llevan á cabo; órdenes, que se cumplen á la letra. Un Vampa, un Trucaforte son verdaderos *Jefes Supremos* con fa-

cultades extraordinarias. Qué va de estos magistrados á un Melgarejo, un Veintemilla? Si el robo á mano armada es el objeto de la ambicion de aquellos sires, el robo á mano armada es igualmente el objeto de estotros vagamundos. Si el puñal es el medio en ésos, el puñal es el medio en éstos: crímenes y vicios, lo mismo en unos y otros; con esta diferencia, que Roque Guinart es valiente, atrevido, generoso; que Roque Guinart conoce la justicia distributiva, y la pone en práctica; que Roque Guinart acomete á pecho descubierto, vence, y del botin le deja al viandante humana, caballerosamente lo necesario para el camino. Ignacio Veitemilla no se contenta con la bolsa; le quita la camisa á la República, la deja en cueros, y allá se lo haya con su desnudez la pobre tonta: ¿por qué no se defiende? El que se deja robar, pudiendo tomarse á brazos y dar en tierra con el salteador, es vil que no tiene derecho á la queja. La República para con Ignacio Veintemilla y José María Urbina, es lo que España para con Roque Guinart y su banda: persígalos, montéelos, derruéquelos, cójalos, ahórquelos: la santa Hermandad tiene el deber de colgar á los ladrones en dondequiera que les echa mano al coleto. Los ojos para las gallinazas, la asadura para los perros, hé aquí tu merecido, Ignacio *de* Veintemilla.

Un viejo llamado José María Urbina, el mismo quizá que acaba de ser nombrado, mandó suplicarme un dia le hiciese el favor de ir á su casa. Los años tienen facultades que los hombres de buena crianza no ponen en duda. Fuí: el viejo estaba en cama: habiendo bebido aguardiente seis horas consecutivas, sus ojos eran ascuas: su aliento vaporoso hubiera puesto en huida á las Musas; y Apolo no estubiera holgándose á la almohada de ese inmundo anciano, en cuyo orinal rebosante nadaban á la sazon puntas de cigarros, cual monitores de guerra en el mar Bermejo. La mareta sorda rugia ya en mi pecho: yo soy capaz de hacer una muerte en el hombre inpulcro y soez, que ora por ignorancia, ora por bajeza y depravacion, pierde el respeto á las buenas costum-

bres con actos y hábitos indignos. La causa primera del acre desprecio que yo he sentido siempre por Ignacio Veintemilla fué el haberle visto una vez tirarse desnudo de la cama, y ponerse á hacer aguas en presencia de gente, con desenfado de verdadero animal. Despues he visto que el asno, el macho no tienen más vergüenza ni mayores contemplaciones por los circunstantes. Cerrar con él á moquetes, hubiera sido acto primo muy ocasionado, segun es el tracio de huesudo y corpulento; desafiarle por ese motivo, cosa ridícula, y hasta sin razon, pues el infelizote no lo hacia por agraviar á nadie, sino así, como propiedad de su naturaleza. No volver á su pocilga, y mirarlos como á perros, esta es la providencia que uno toma respecto de esa canalla afortunada á quien ni grados militares, ni títulos pomposos, ni alta posicion pueden quitar la grasa de su ruin orígen.

"Juan," me dijo el vejarro consabido, el capitan de fragata, la fragata aquella de las puntas; "Juan, es preciso que lo arreglemos todo: quiero estar acorde con usted. Veintemilla necesita la cooperacion de los buenos liberales." "Mi cooperacion un traidor que, hecho apénas el pronunciamiento liberal, corre á ponerlo en manos de los jesuitas? contesté subiéndomele á las barbas; un cobarde que va á solicitar amparo y certificados favorables de los obispos, porque imagina que sin ellos nadie puede salir bien? Usted mismo, usted me ha referido poca ha los términos que oyó de sus labios: "General, no tenga usted cuidado, los jesuitas están conmigo." Y solicita usted mi cooperacion para embustero inepto como ése, que no sabe lo que hace?" "Eso es así, replicó el viejo mansamente; á mí, á mí me dijo lo de los jesuitas; me lo dijo." "Mi cooperacion un infame cuyo primer acto administrativo es defraudar á la República en más de cincuenta mil pesos?" "De qué modo?" preguntó el viejo. "Haciendo traer de Nueva York mil fusiles de pacotilla, dije, por ciento veinte mil pesos. La ineptitud, hubiera quizá tolerado yo en ese pícaro; su prurito por las cosas ilísitas, no! Yo no soy de la liga, ni mi revolucion ha sido ésta. Hoy mismo sale á luz un escrito mio, cuyo fin es poner á un lado á ese perverso." "Eso no puede ser," gritó el vejezuelo esforzándose, pálido y trémulo ahora: "Veintemilla

está limpio como una patena." "Limpio como usted," dije para mí, y salí todo inflamado. Al dia siguiente iba yo navegando por el Océano Pacífico al más honroso de mis destierros.

Probidad es en el hombre lo que honestidad en la mujer. Si otros lo han dicho ya, vaya su voto en mi favor, y quede reforzado el principio con la opinion de muchos ; principio que no es sino mandamiento de la ley de Dios cubierto con la vestidura de la sociedad humana. *Non furtum facies*, rezan las tablas de la ley; no robarás. El que roba quebranta, pues, un mandamiento é incurre en la cólera divina. El Legislador no dice : no robarás á tu padre ni á tu madre ; no robarás á tu hermano ; no robarás á tu prójimo : dice : No robarás, esto es, no robarás á nadie, ni á tu padre, ni á tu madre, ni á tu prójimo, ni al Estado. Robar á la nacion es robar á todos : el que la roba es dos, cuatro, diez veces ladron : roba al que ara y siembra ; roba al que empina el hacha ó acomete al ayunque ; roba al que se une al trabajo comun con el alma puesta en su pincel ; roba al agricultor, el artesano, el artista ; roba al padre de familia ; roba al profesor ; roba al grande, roba al chico. Todos son contribuyentes del Estado ; el que roba al Estado, á todos roba, y todos deben perseguirle por derecho propio y por derecho público. Conque el sudor de la frente del pueblo es para los apetitos y las gulas de un hombre, un mal hombre, que está cultivando la soberbia y engordando la codicia ? Si no puede haber Estado sin contribuciones generales, las contribuciones desviadas de su objeto son fraudes que el magistrado prevaricador comete en contra de los ciudadanos cuyo fuero surte por ley tácita : los ciudadanos, tráiganle al banco de la República, y, si no por bien, por mal, tómenle cuenta y del robo, y de la traicion, y de la sangre, y de la infamia convertida por él en princesa de exenciones.

Los hombres de corazon bien formado y juicio recto suelen poner la monta en granjear buena opinion entre sus semejantes ; los que por sus méritos suben á gobernacion de pueblos, no son

ellos si no descienden de su alto lugar abrumados con las bendiciones de los cuya felicidad labraron, cuando pudieron ser carga para todos, si abusan de su poder. Los hijos de la fortuna, broza del género humano, que se levantan en alas del crímen, al soplo de esa deidad mal intencionada, no tienen cuenta sino con su provecho, ni les duele el concepto lastimoso que están beneficiando en los demás con sus abusos y sus latrocinios. El que no ama á Dios sobre ninguna cosa ; que jura su santo nombre en vano ; que ni santifica las fiestas, ni honra padre y madre ; que mata, y levanta falso testimonio por costumbre, tendrá cuenta con no robar ? El malvado de nacimiento y aprendizaje aplica á su vida por la inversa los mandamientos de la ley ; él dice : No amar á Dios sobre todas las cosas ; jurar su santo nombre en vano, siempre que conviene ; no molestarse en santificar las fiestas, ni con las rodillas, ni con el pensamiento ; no honrar padre y madre ; matar, levantar falso testimonio, robar, robar, robar ! robar siempre, robar cuanto se pueda. Réprobo, éstos son tus mandamientos, y los cumples. Ignacio Veintemilla, tú eres el réprobo : tú eres el que no ama á Dios ; tú el que jura su santo nombre en vano ; tú el que no santifica las fiestas con culto interno ; tú el que no honra padre y madre, puesto que los deshonras con crímenes y vicios ; tú el que mata con lengua y con puñal ; tú el que miente, levanta falso testimonio ; tú el que roba, roba, roba ! Maldito eres por todo esto, maldito ; y por todo has de estar pálido, temblando en presencia del Juez, cuando él te levante de tu propia ceniza con una voz, y te diga : veamos tu vida. Tu vida llena de excrecencias maléficas, negruras, abismos, no le ha de parecer á él, y con la mano, con el dedo te ha de señalar la muerte, y has de ir rodando por la eternidad, echando aullidos lúgubres en medio de las tinieblas que te envuelven y arrebatan sin que sepas á donde. Tú eres el que mata, tú el que has matado ; tú eres el que roba, tú el que has robado. Veamos los documentos, en prosa vil ; la prosa vil para los documentos.

Como avíos de gobierno entraron á la ciudad de Ambato sucesivamente doscientas cincuenta acémilas cargadas de licores fuertes: gastos de conduccion, arrieraje, todo se pagó allí por el Tesoro:

El infame artículo mismo habia sido comprado con las rentas fiscales. La embriaguez de esa horda de eunucos que se bebieron doce mil botellas de coñac en cuatro dias, en cuanto *daban leyes*, no es asunto de este lugar; mas áun el robo al Erario, y la impudencia del pícaro que las introduce como elemento público de civilizacion y progreso. Coñac para la Convencion, coñac oficial; en este concepto, era gravámen honroso de los ciudadanos la embriaguez y los maleficios del Jefe Supremo, el General en Jefe y sus legisladores. Yo digo que esa fué simplemente una defraudacion crecida á la hacienda nacional, un robo del que roba para beber. No hay en el mundo ley que vote gordas cantidades para el aguardiente del Jefe Supremo y el General en Jefe.

Doce mil pesos es sueldo razonable en republiquillas cuyos gobernantes han de ser modestos y considerados: doce mil han tenido todos los presidentes en la nuestra, desde su fundacion, y á ninguno le habia ocurrido pedir el duplo: Ignacio Veintemilla se asignó el duplo, esto es, veinte y cuatro mil pesos, amen de mil percances, adehalas, alcabalas, pisos, castillerías, montazgos y tributos: erró poco de pedir chapin de la reina. No sabemos para lo que serán los veinte y cuatro mil ojos de buey, pues coge aparte para comer, para beber, para vestirse; aparte para sus criados, sus cocineros, sus echacuervos; aparte para sus caballos: sus caballos, sí señores, sus caballos tienen sueldo aparte. Su sobrina, sueldo de general; su sobrino, idiota á quien dan de comer en pilon de piedra maíz molido, sueldo de capitan. Las tres arpías que tanto le han ayudado en su obra de opresion, corrupcion y dilapidacion, no tiene cada una sueldo de coronel? No seria cosa extraña esta ridiculez en pueblo tan apocado y envilecido que sufre en paciencia las extravagancias injuriosas de ese Cayo Calígula á la rústica. Entre tanto las escuelas van cayendo, por que los maestros se van á buscar la vida; las aulas no se cierran, por puro pundonor de los catedráticos; la universidad está amenazada de muerte, por falta de la subvencion indispensable. Ecuatorianos, oh ecuatorianos, éste es vuestro dictador; guayaquileños, oh guayaquileños, ésta es vuestra obra.

Y estas son flores de cantueso para con los robos grandes; rapiñas y garrafiñas que no confieren título de ladron al que las lleva adelante: Ignacio Veintemilla no es sino ratero todavía: para ser ladron es preciso que desgarre el territorio nacional, y tome para sí diez mil leguas de opulentos bosques; es preciso que se vuelva monopolizador y dueño de los mares de quina del oriente; es preciso que de la noche á la mañana le veamos señor de países, amo de tribus, almirante del mundo descubierto y conquistado por su profunda sabiduría y por su fuerte brazo.

Las diez mil leguas no son para mí, dice el mohatrero; son para mi sobrino. El sueldo de sus caballos tampoco es para él, y él lo toma. Diez mil leguas de territorio al idiota del pilon, para qué? sabe él por ventura de achaque de cascarillas? y á qué título, pregunto yo, agraciar á un muchacho imbécil con una dádiva, grande para un rey? Ciertamente, ser hijo de uno á quien García Moreno echó de su lado con desaire por manos puercas, es hoja de servicios que estaba requiriendo media nacion por recompensa.

Ignacio Veintemilla no es todavía ladron de marca mayor; no es sino de media marca: para ser de marca mayor, y ladron inteligente, perpicaz; ladron diplomático, es necesario que sustraiga de los archivos nacionales una contrata perfecta y sancionada, y rie riendo, baba babeando, la subrogue por otra apócrifa, para robar cerca, ó quizá más de un millon de pesos. Cuando la barata del ferrocarril haya llegado á conocimiento del pueblo, si éste le sufre aún, oh, ya no merecerá, no digo el sacrificio, pero ni una molestia de los hombres de bien y buenos ciudadanos.

Acaba el Tribunal de Cuentas de resolver un punto litigioso en favor de Ignacio Veintemilla y de su cómplice en otro robo. Llamado el comisario de guerra de la campaña de los Molinos á rendirlas, fué alcanzado en primer juicio en una considerable suma. Ignacio Veintemilla hizo venir á su casa á jueces y revisores, y á fuerza de aguardiente el punto quedó resuelto: en segundo juicio, el comisario es quien alcanza á la Nacion en vein-

tiun mil pesos. Preguntado éste individuo de dónde los puso en su mendicidad, ha declarado que el señor Capitan General de sus ejércitos los suplió de su propio peculio. Veintemilla, para colmo de iniquidad y desvergüenza, pide los intereses: el Tribunal manda pagarlos junto con el capital. He aquí treinta y dos ó treinta y tres mil pesos arrancados al erario á la luz del mundo. Pantalon más inverecundo que este infame, no hay en la tierra: limosna, tablaje, estafa, su modo de vivir, hasta cuando saltó sobre la República y le arrancó los ojos. El fugitivo de la calle del Arenal de Madrid con dos mil duros robados; el escondido en la aldea de San Juan de Luz de los Pirineos; el pícaro tras quien van requisitorias á Paris, tuvo más de veinte mil pesos para echar por su cuenta en la caja de comisaría de guerra? Señor rico, señor opulento, ¿y por qué se tiró desde léjos de rodillas ante García Moreno, rogando por el sueldito de criado con que se presentaba en la mesa de juego? y por qué pedia fiado á todo el mundo? y por qué recibia dádivas humillantes? Vino embarcado por favor, y tuvo para poner de primera instancia en la campaña veintiun mil pesos de su propio peculio. Don pereciendo hace cada dia á la Nacion gracias imperiales: de la nueva Aduana de Guayaquil dijo en cartas á todas las provincias, que ese edificio no le costaria nada á la República; que él iba á levantarlo á costa suya, echando ahí de *su peculio* la bicoca de trescientos mil pesos.

Consta á los guayaquileños que el Tesoro contenia cosa de trescientos mil pesos cuando se verificó la revolucion de Setiembre: saben ademas que á los pocos dias Ignacio Veintemilla hizo un crecido empréstito; no se les ignora, por otra parte, que si Urbina llevó cincuenta mil pesos, su *Jefe* pudo haber llevado otro tanto. De cualquier modo sobraban en las cajas de Guayaquil algunos cientos de miles de pesos: qué necesidad tuvo pues el Capitan General de echar mano por su *bolsa privada*? Los amigos de este gran señor no dirán á lo ménos que *está limpio como una patena:* este robo es manifiesto, como todos los otros; sino que aquí hay más osadía y falta de vergüenza. Tan desprovisto de lo necesario andaba el discípulo de García Moreno, que para

hacer su viaje de Comandante General, enviado por Borrero, sus tristes hermanas se vieron en el caso de hacer un préstamo, dando por hipoteca su pegujalito de San Antonio. Este es el caudal que llevó Veintemilla á Guayaquil, miéntras le crecian las uñas y principiaban sus derechos al sueldo. Si quereis pruebas de la falta de probidad de este hombre raro, esta es una, y de mucho vigor. Por escritura pública consta, pues, que Veintemilla no tuvo que comer hasta las vísperas del favor que hizo á la República poniendo de su peculio en la caja de comisaría la respetable suma de veintiun mil pesos.

En qué contrato ilícito, en qué farándula fiscal no tiene parte ese ruin *presidente!* Él es el alma de *las cascarillas;* él es el corazon de la plaza de toros; él es la mano, con uñas y todo, en la obra de la Aduana susodicha; él tiene su presa, oh infamia de la patria, él tiene su presa en contrabandos que debe impedir y castigar. Qué sed infernal de dinero es ésta? qué codicia convertida en satiriásis de riquezas? qué desenfreno al cual no pudo llegar en la mitología el dios del robo? Consumidas las doce mil botellas de coñac por él y el presidente de la Convencion, el excelentísimo señor Gefe Supremo, Capitan General de sus ejércitos, puso venta de limetas vacías, lo que se llama *cascos.* Á cuatro por medio real, las tres arpías convertidas en buhoneras, las realizaron en dos semanas bajo la inspeccion del otra vez excelentísimo Capitan General de sus ejércitos. Aquí deja de ser ladron de marca mayor Ignacio Veintemilla, y se convierte en gitano que hace su agosto con los clavos y botones que pesca en la basura. Ecuatorianos, oh ecuatorianos, éste es vuestro presidente; guayaquileños, oh guayaquileños, ésta es vuestra obra.

Estaba un dia poniendo como nuevo al gerente del banco de Quito, respecto de lesiones que imaginaba haber recibido en su codicia. Grosero, montaraz, un yangües no se echa así con guias y todo, sin ahorrarse con su padre. El gerente, hombre de san-

gre en el ojo, tuvo cólera, y encendido en llamas de pundonor, respondió: "Vuexcelencia sabe que no cobramos ni un centavo por los treinta mil soles que tiene puestos en depósito, y así no alcanzo cómo...." El gerente dió en las mataduras, sacando á la luz del dia el Aranjuez de las uñas de su majestad. Esa cara de vaqueta, quién lo creyera, cobró semblante de vergüenza, ó fué más bien que la prontitud no le dió tiempo de acordarse que él no la conocia. Ah, dijo, esos treinta mil soles están ahí para.... para....para obras pías. A la vuelta de dos meses, las obras pías fueron á dar á su atarazana, pues cargó con los treinta mil soles en uno de sus viajes á Guayaquil, y junto con otros tantos de la aduana de esta ciudad, hizo la undécima remesa á Europa. No pudo tanto el peligro con los jóvenes liberales que no pusiesen el grito en el cielo por este hurto impúdico y notorio, citando al director del Banco. El excelentísimo señor Capitan General de sus ejércitos no acertó á decir palabra: Banco y banqueros, ahí estaban; quedóse, pues, con esa bofetada de la imprenta.

Mucho fas el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar;
Face correr al cojo et al mudo fablar....

Esta ocasion, el dinero le hizo callar *al mudo* del Arcipreste.

En yendo de fraudes, rapiñas, estafas, hurtos, abusos de confianza, robos manifiestos del excelentisimo señor Capitan General de sus ejércitos, hay tela de que cortar; mas yo no presumo de nimio, y allí se queda la mina desflorada apénas, para que quien le desee y pueda ahonde y siga el beneficio. Corto he sido por mi parte; pero, amigo, lo que no va en lágrimas va en suspiros; dispensa la cortedad, y recibe á buena cuenta el escaso adelantado de lo mucho que en ley de justicia se te debe. Las hulleras de Chester no se agotan en dia y medio; las hazañas de Monipodio no las apura un solo historiador, áun cuando éste se llame Cerván-

tes Saavedra. Dia vendrá en que tu nombre llene por lo ménos los ámbitos de Sud-América, y en que Europa nos abrume con la severa interrogacion: Estos son vuestros presidentes?

Azotes, sangre, robo, no son nada; aunque en verdad horrible cosa el espectáculo donde crímenes y vicios están bailando sobre buenas costumbres y virtudes derribadas en tierra. Pero los malhechores, una vez en la horca, no perjudican; su imperio es un hecho, y nada más. Puede una casa ser robada por una gavilla de bribones; sus habitantes no quedan por eso corrompidos. El genio para la oscuridad, esa luz envenenada que beneficia las tinieblas, esa es la mala; tiranía que corrompe á los hombres y pudre hasta las raíces que los estrechan con la eternidad, ésa es la espantosa. Los criminales ineptos no se extienden por debajo de la sociedad humana y la abrazan en todas direcciones. Si cabe consuelo en pueblo que tiene sobre sí á un Ignacio Veintemilla, consuélense los ecuatorianos con recordar que, muerto el perro, muerta la rabia: como haya entre ellos un troglodita que no quiera ser su rey, no están perdidos. Donde no hay quien lo contrareste, el ímpetu de los malvados tiene fuerza de destrucion; el demonio sopla sobre ellos, y los vuelve terremotos y huracanes. En su órbita, nada los resiste: Carrera en Guatemala, Melgarejo en Bolivia, la araña en su tela, el insecto debajo de su yerbecita, el infusorio en su gota de agua, Ignacio Veintemilla en el Ecuador, hacen temblar el mundo. Ignacio Veintemilla en el Ecuador es la araña en su red: allí los tiene crucificados á moscas y mosquitos, secos unos con el hollin de la cocina; pataleando otros, rindiendo el espíritu en manos de algun feo escarabajo. Los viles, los cobardes no lo rinden en manos del Altísimo: para los esclavos no hay cielo: esclavitud es anti-razon que vuelve animales á los hombres.

